



*Detalle de la barrera con troneras*

Vióselas en fin en una de las torrecillas que flanqueaban el edificio, detuvo allí sus pasos, miró a un lado y a otro con ansiedad, y en aquel momento dejóse ver enteramente a la luz.

Esta novela es larga. Pero la extensión material, además de ser relativa, no se puede confundir en literatura con un juicio de valor. En cambio sí la índole, no ya larga o corta, sino alargada o abreviada. A Sancho Saldaña se le ha achacado el alargamiento, dentro de la acusación más inmerecida de falta de construcción- digamos de paso que no es justo preterir la tersura de su prosa-. Ahora bien, si algo de alargado tiene este libro, para nosotros el dato reviste una significación profunda.

Pues nos deja ver en la novela, hasta cierto punto emparentada si esto se admite con el pema Pelayo, un banco de pruebas. Hasta cierto punto decimos, pues la novela se terminó y el poema siguió abierto, aunque abandonado. ¿Definitivamente? No lo sabemos, ante la corta vida del poeta. También ignoramos si, caso de haberse prolongado ésta, la novela genéricamente, ya que no su primer fruto, no habría seguido siendo el banco de pruebas del escritor que también había aprendido en el Colegio del poeta Lista estar a tiempo de aprender y ensayar a lo largo de toda la vida.

De lo que no nos cabe duda es de que ningún género como el verdaderamente divinal de la novela en que toda creación, cualquier evasión, ora imaginativa ora naturalista es posible, para aplicar la fantasía continuamente. Así las cosas, podemos convenir en que el castillo de Cuéllar, pintiparado un castillo también para ello, fue el estimulante que despertó en Espronceda esa convicción y la posi-

bilidad a la vista de entregarse a ella tomando la pluma creadora e inventora. Divino sonámbulo llamó en un ensayo al novelista Ortega y Gasset. ¿Y qué tentación más adecuada para un poeta como Espronceda, autor en verso de El estudiante de Salamanca, que de alguna manera podríamos tener por la apoteosis del sonambulismo?

Y hay un detalle, copiosamente manifestado en Sancho Saldaña, que desde esta óptica queremos destacar. Es la proliferación de citas literarias que anteceden a cada capítulo, siempre o casi más de una. Su procedencia es muy variada, desde el romancero a los otros poetas románticos, pasando por el teatro del siglo de oro y la épica barroca. Se nota, no ya que sean forzadas, pero sí superfluas a no ser que en su inclusión, como nosotros creemos, hubiera un empeño. Tal, de Moreto: Por estotra puerta te puedes ir. Ese mismo empecinamiento fecundo y grato en la escolaridad permanente.

En este panorama, ¿qué decir de la escena? Espronceda escribió tres obras dramáticas. Una inmersa en el teatro de la centuria anterior, tanto que se ha visto en ella un duplicado moratiniano, por El sí de las niñas. Se trata de Ni tío ni sobrino, en colaboración con Ros de Olano. Blanca de Borbón nos interesa más, no sólo por su ya consumada entrega romántica, sino por lo medieval del argumento, el matrimonio y los amores de Enrique de Trastámara. Más incluso que Amor venga sus agravios, desarrollada en los días de Felipe IV.

En una producción a la fuerza escasa por lo temprano de la muerte, este trío nos denota que Espronceda no fue indiferente a la seducción de las tablas. Pero es evidente que la magia específica de éstas, la corporeización de lo imaginario, no brindaba un campo tan ilimitado para el despliegue de esa otra dimensión de la vida como la novela soberana. Al contrario, en cierto sentido resultaba más coercitiva que la poesía misma, estando ahí el precio a pagar por ese otro encanto, hasta plástico.

Por todo ello estamos convencidos de que para Espronceda la novela fue el campo abierto con la exclusividad de ofrecer a su fuerza creadora unos horizontes sin puertas<sup>12</sup>. Y su estímulo decisivo un castillo, el de Cuéllar<sup>13</sup>. Sólo un ejemplo el de Espronceda del absurdo de hablar del fin de la novela. Tanto como del fin de la historia. A un hombre de una procedencia tan diversa de la isla de Samoa como Robert-Louis Stevenson, sus nativos le llamaban Tusitá, «el que cuenta historias». Tenían por lo tanto palabra para ello en su idioma. Un dato que no requiere ningún comentario<sup>14</sup>.

12.- Yo me honro con la amistad de tres estudiosos, uno de ellos arqueólogo; los otros dos modernistas, uno especializado en la historia económica de Castilla y otro en la de los expositos de Andalucía. Me han confesado su intención de escribir sendas novelas históricas como colofón de su obra investigadora. Creo que alguna relación tiene este dato con el argumento de nuestro artículo. Otro historiador y biógrafo de la Edad Moderna, Manuel Fernández Álvarez, además de dar a luz sus recuerdos de la guerra civil, ha novelado la época. Pero seguir por este camino sería tan fácil como interminable.

13.- De ahí que, pese a lo corto de su estancia en la villa segoviana, ésta cuenta en su haber una huella decisiva como muy pocas otras en la obra esproncediana. Por eso no puede estar más justificada la ejemplaridad con que está conmemorando el segundo centenario del nacimiento del escritor.

14.- El reciente traductor a la lengua tahitiana de algunos relatos de Stevenson desarrollados en los Mares del Sur, se sorprendió agradablemente ante lo fácil de la empresa. Por estar escrito su inglés, decía él, en ritmo tahitiano.